

doce  
y no llegaron a transformarse sus arrugas  
en tersos orificios para seguir viviendo  
en esta cueva de pecado y de mentiras honestas  
no piadosas  
que se dejan caer con el crepúsculo  
para alimento de niños y poetas  
que no quieran jugar al còrro de la guerra  
(no comeremos panes ni ensalada)  
de los catecismos  
ni otras fiestas bélicas que nos tengan atados  
a las maromas del campo de batalla donde cada do-  
mingo  
y fiesta de guardar  
se añade un signo más a esta quiniela en que vi-  
vimos  
y que nunca nos llega en forma de talón  
de Aquiles tente en pie  
que también lo dejaron cojo en otra guerra  
que quisieron rodar en esos tiempos que no existía la  
decencia  
ni la televisión  
que nos vá comiendo la palabra como una lepra nueva  
que no atiende el seguro  
de desempleo de amor que brota en estos días  
de secanos bostezos con los que Don Consuelo  
se acuesta y se levanta  
se acuesta y se levanta  
se acuesta y se levanta  
se acuesta y se levanta como un seguro péndulo  
que agita Pedro Perro cada vez más a su manera  
mientras que llega el día de disolver el cianuro en el  
café  
con mala leche y madalenas del que era portadora  
Caperucita  
cuando quiso provocar al lobo en paro de los bosques  
que no dejan de arder  
para gastar al mundo  
y poder llevarlo con nosotros al panteón familiar  
que ya seremos todos  
sin discriminación de sangre ni de agua  
que no queda ni gota  
para beber beber y olvidar  
las penas del amor que no sé  
dónde está desde que fue a esconderse en el refugio  
nuclear  
de las naciones revueltas  
con ajo y con cebolla



para poner la guinda al postre de la historia sa-  
grada de los pueblos  
escritos sobre el viento  
con letras mayúsculas de sangre  
y con negrita  
que yo no sé si está justificado  
que los hombres se sienten a esperar la muerte  
detrás de los refugios nucleares  
o delante  
o simplemente  
se sienten  
a esperar.

Arrastra un beso y con él las manos  
y la frente herida  
a través del tunel que nunca tendrá fin  
sino en el beso.

Y Dios les pone coronas de ilusión cuando acaba por  
rescatarlos  
del vacío que nunca existirá  
y los llena de atmósfera después  
de fuerzas de gravedad sobre la espalda castigada  
y le dá dos manos libres para empuñar espadas o azu-  
cenas  
mentiras o esperanzas  
según vengan los tiempos.  
Yo ya no tengo ojos para ver  
por dónde va el camino...  
Pero me quedan palomas que soltar en cada rosa  
me quedan caricias que plantar en cada mano  
y en cada boca luz para el oído que truena  
para el pedazo de carne fatigada que amenaza con  
quedarse muda  
en medio de esta tarde  
sin posibles besos ni retorno.

Don Consuelo Ranuras de los Dioses se fue a sentar  
junto

al rebaño  
al borde del río de la risa  
para dormir los ojos del dolor parduzco de las sienas.  
Se ha quedado la lámpara en silencio  
sobre el papel puesto a secar de la miseria

Y nunca se encendió  
porque la lámpara no tiene manos  
ni voluntad ni sueños  
tan solo tiene luz cuando la encienden y vuelven a  
empezar  
porque este cuento nunca acaba.

Angel G. de la Aleja